El mirador de los cuerpos fríos

Diego Leiva

«Este libro forma parte de una trilogía que se presenta de la siguiente manera»

1. EL MIRADOR DE LOS CUERPOS FRÍOS

2. LA VOZ DEL NAUFRAGIO

3. LUCI DESPIERTA

CONTENIDO:

I. El desembarco
II. El paseador solitario
III. La desamparada
IV. La noche de los siete cabritos

Edición 2019, Autor/es: Diego Leiva. Todos los derechos reservados - Lic. 1912172697867

PRÓLOGO

“El mirador de los cuerpos fríos” es una narración que presenta un amplio espectro en cuanto a su aceptación y a sus resultados. En esta obra, cada personaje se presenta a sí mismo y describe su parecer de acuerdo a puntos de vista muy personales con las particularidades de sus perspectivas individuales. Estos cuatro relatos que conforman la odisea no contemplan los sucesos de manera lineal, sino que, se superponen y recién sobre el desenlace todo se conjuga cobrando un sentido. El primer apunte es una suerte de introducción de la mano de un personaje que ya ha vivido todo el trajín y su visión como narrador se exhibe holística, de igual modo, estas palabras introductorias no alteran sino que enriquecen e invitan a la inminente lectura ya que el cúmulo de protagonistas asoma pero no se deja ver del todo. Este no es un típico cuento o novela, y cada personaje contribuye, jugando con los tiempos verbales, a una confusión y a sensaciones surrealistas para el lector; de a ratos, podrá percibirse un mareo siniestro de palabras y enfoques, quien atienda a la narración sentirá la incertidumbre de si los hechos pasaron, están pasando o pasarán. La primera persona es omnipresente pero los tiempos están arrojados a los caprichos del relator, sumiendo así al lector en vaivenes temporales que agotan, intrigan, repugnan, pero incitan a proseguir leyendo.

“El mirador...”, como primera parte de una trilogía, es un mar de preguntas, es una exquisita desprolijidad literaria, y también es un empujón a la reflexión. La lectura puede ser distópica e irreverente, pero lo que es sabido y se traduce al

leer, es que no apela a fórmulas ni convencionalismos exitosos.
Este llamado a una profunda introspección existencialista está compuesto por un Psiquiatra, dos jóvenes enamorados que no tienen recuerdos, y un loco fugitivo que se encamina hacia el ocaso de su vida.
Más tarde, con sus secuelas, "La voz del naufragio" y "Luci despierta", todo lo aquí acontecido se realzará con una gran relevancia y convertirá a esta en una historia embellecida por el paso del tiempo.

Yo, el autor.

DIEGO LEIVA

EL MIRADOR DE LOS CUERPOS FRÍOS

I. -EL DESEMBARCO-

Al mismo tiempo que yo dejaba mi querida profesión, que dejaba de ser el Doctor Fournier para pasar a ser un simple jubilado, mi entrañable gran amigo y más estimado paciente Efraín enterraba las cenizas de su hija y de su esposa.
¿Por dónde empezar? Tampoco es que vaya a decir mucho, sólo haré una breve reseña de mi diario, voy a tirar una pizca, o al menos, expondré una limitada perspectiva, la de un añejo señor perseguido y convaleciente que hoy me toca ser.
Cuando colgué el guardapolvo por última vez pensé: «Ahora sí, voy a entrar en la vejez y comenzará ese…desembarco de recuerdos…»
Más que un Psiquiatra me he considerado un incansable investigador de la vida, y hace un tiempito nomás, fui partícipe de un hecho irrevocablemente crucial: ¡Las dos caras de la moneda pudieron, al fin, conocerse! Ahora bien, ¿Empiezo por esos dos locos enamorados que nunca conocí, “El paseador y la desamparada”? ¿O empiezo por la historia de Juan, que tampoco conocí? Y para colmo, también está mi querido Efraín, el puente de toda esa locura.
Bueno, retomo; en esos días que colgué los guantes, creo que en la misma semana, hubo un terrible accidente ferroviario, tal vez el más trágico de este país.
Juancito era un veterano de Malvinas, un loco sin miedo a nada, un hombre curtido que caminaba por Buenos Aires y se la rebuscaba vendiendo en los trenes. Aquella generación

de veteranos había sido bastardeada por la sociedad y el gobierno. Recuerdo muy patente el simbolismo del olvido que representaba aquella carpa en la Plaza de Mayo, esa pobre gente se la pasaba reclamando una digna subvención y un reconocimiento que nunca se completaba. Entre locos, suicidas y pobres, estos jóvenes que habían sido enviados a una incomprensible batalla deambularon en los años de posguerra en una suerte de prolongada desdicha, y algunos, a cuestas con su propia autodestrucción.

Ahora que lo pienso, el mes pasado se cumplieron diecisiete años de la tragedia del tren, hicieron una marcha o algo así, obviamente todavía no han encontrado responsables.

Juan era un alcohólico que transitaba una lucha constante para recuperarse. Él residía en el Bajo Flores con una joven mujer y el pequeño hijo de ella. Aparte, Juan cargaba con un inmenso dolor desde antes de Malvinas, su novia embarazada de esa época que era una chica que militaba en un partido de jóvenes idealistas y había sido secuestrada durante la dictadura de los 70´s, nunca más apareció. Juan pasó un gran tramo de su vida en viejos bodegones de Barracas y en algún que otro momento de lucidez iba a vender a los trenes. La calle era su hábitat nativo y sus reglas estaban netamente forjadas por su inmensa decepción; de igual modo, él estaba muy despierto, excesivamente despierto, pero no lo sabía, su respuesta de huída o lucha eran las propias de un soldado, pero Juan ya no estaba en las Islas.

El día del accidente, Juan se encontró con otro veterano amigo en la estación de Lemos. Desde allí se repartían la mitad del tren cada uno para vender escarapelas y prendedores, pero como siempre, un vinito al paso no venía mal antes de arrancar. Y sin más que decir, entre el